

EL MISTERIO DEL CIRCO

por HARRY PIEL



BIBLIOTECA TREBOL

N.º 83

Publicación semana PRECIO 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

WAS IST LOS IM ZIRKUS BEELY

1926

EL MISTERIO DEL CIRCO

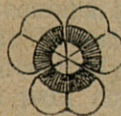
Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por el atleta alemán

HARRY PIEL

por

CRÍSPULO GOTARREDONA

HISPANO AMERICAN FILMS
Calle Valencia, 233 :: Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 - BARCELONA

EL MISTERIO DEL CIRCO

Verión libre de la película del mismo
título, interpretada por el elenco alemán

HARRY PIEL

CRISTÓBAL GONZÁLEZ

HISPANO AMERICAN FILMS
Calle Valerín 508 y Barcelona



TIPOGRAFIA LA ACADÉMICA ::
HERNANDEZ DE SERRA Y RUBELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 118
TELÉFONO 6 - 104 1 BARCELONA

EL MISTERIO DEL CIRCO

REPARTO

Harry Peel.....	<i>Harry Piel</i>
Rosa Jackson.....	<i>Ilona Karolewna</i>
Roberto Jackson.....	<i>Ralph Ostermann</i>
Anita Moran.....	<i>Hanny Weisse</i>
Comisario Bull.....	<i>Fritz Greiner</i>

El « Club Majestic », elegante sociedad a la que pertenecía lo más encopetado de la aristocracia local, obsequiaba, aquella noche, a su asociado predilecto Roberto Jackson, nuevo propietario del Circo Beely, cuya reapertura estaba anunciada para dos días después.

— Un negocio de esta clase tiene muchas probabilidades de fracasar — dijo, a la hora de brindar, el nuevo propietario. — Mas cuento con vuestra benevolente cooperación y lamento que la ausencia de nuestro consocio y mi particular amigo Harry Peel, cuya falta

en esta fiesta no deja de extrañarme, no le permita oír que he tomado éste negocio y expondré toda mi fortuna en el mismo, confiado que su valiosa ayuda y experiencia me permitirá salir airoso.

Una salva de aplausos acogió las últimas palabras del orador.

— Pues brindemos por la prosperidad del Circo Beely, de su nuevo propietario y de su « brazo derecho » — propuso Sitten, abogado, consejero y amigo de Jackson.

La fiesta transcurrió animadamente, mas, en medio de la general alegría, Jackson se lamentaba de la ausencia de Harry Peel.

— No me explico su falta; no me lo explicó.

Jackson permaneció entre sus amigos hasta bastante tarde. Tenía precisión de hablar con Harry y le aguardaba. Estaba nervioso; tan nervioso, que al dejar una copa sobre la mesa se le rompió.

— Romper una copa es de buen augurio — afirmó uno de los presentes.

— O, tal vez, signifique mala suerte — replicó Jackson.

Por fin se marchó, dejando el encargo de que si Harry iba por el Club le dijeran que al día siguiente se dejara ver por su casa.

Causas completamente ajenas a su voluntad le habían impedido a Harry llegar puntualmente a la fiesta.

Harry Peel, hombre distinguido, atlético,



Harry Peel, hombre distinguido, atlético...

en el vigor de la edad y en la mejor época de su vida, tenía un defecto capital: que siempre llegaba tarde. Aunque era un famoso desocupado, siempre encontraba pretextos para disculpar sus retrasos; así es que aquella noche, cuando llegó al Club Majestic, completamente a deshora, se disculpó así:

— Siento no haber podido venir antes, pero un trabajo urgente, algo que no podía aplazarse, me ha entretenido hasta ahora.

— Pues Jackson quería hablar con usted, pero se ha cansado de esperar. Dice que mañana se pase por su casa — dijo Sitten.

Casi al mismo tiempo, uno de los botones del Club se introdujo entre el grupo que rodeaba al recién llegado, y dijo :

— Señor Peel : el señor Jackson le llama a usted por teléfono.

Harry se dirigió a la cabina, y aplicándose el auricular al oído inició la conversación :

— Buenas noches, Jackson.

— ¿Es usted el señor Peel? — le interrogó una voz de mujer, que le era completamente desconocida.

— Sí. ¿Qué ocurre? ¿Con quién hablo?

— ¡Vaya usted en seguida al Circo Beely! Jackson está en peligro! — dijo la desconocida, por toda contestación.

Fué inútil pedir una aclaración. Por más que lo intentó, a sus reiteradas preguntas no respondía nadie.

Aquella noche, los socios del elegante Club Majestic vieron con la natural sorpresa como Harry abandonaba el local atropellando a todo el mundo. Y era que en el cerebro del amigo de Jackson había brotado una sospecha inquietante.



El « Mónica Bar », café fronterizo al Circo Beely, era un punto de reunión de artistas y gente alegre.

Aquella noche, el baile estaba más animado que nunca ; danzaban las parejas en torno de la gran sala y las mesas estaban ocupadas por la heterogénea concurrencia.

Sólo una mujer, Anita Moran, que tenía cierta reputación como bailarina, parecía ajena a todo cuanto pasaba en el bar, y permanecía junto a una ventana desde la cual se dominaba la obscura mole del Circo Beely.

Anita Moran tenía sus razones para vigilar lo que ocurría por las inmediaciones del Circo Beely, pero no son del caso exponerlas ahora.

Cuando llevaba media hora escasa de observación, vió como una sombra trepaba por los salientes de la fachada del Circo, cosa nada fácil para quien no fuera un experto acróbata, y después salió a la calle y llamó al guardia que prestaba servicio frente al « Mónica Bar ».

— ¿No ve aquel bulto que está trepando por la fachada del Circo?

El guardia dió la voz de alarma inmediatamente y minutos después un grupo de agentes de la autoridad entraba en el edificio.

Entretanto, Harry había penetrado en él

por una ventana y andaba por el gran salón de espectáculos con una linterna sorda.

Sombras y silencio... Ni un ruido, ni un rastro, ni un quejido, ni el más leve rumor... Esto hizo pensar a Harry si aquello sería una broma de mal género.

De pronto oyó ruido de pasos y vio aparecer a los guardias.

— ¡Oiga! ¿Qué hace usted aquí? — le preguntaron.

— Pues... ya lo ven ustedes.

— Venga con nosotros y ya se lo explicará al comisario.

Fué conducido a la Comisaria. Allí se encontró frente al comisario Bull, a quien uno de los guardias puso en antecedentes.

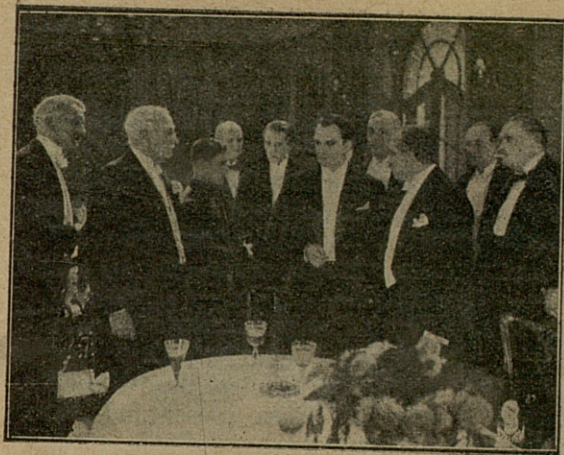
— La denuncia es grave... ¿Qué hacía usted en el Circo Beely a estas horas?

Harry no respondió.

— Supongo que no buscaría un buen asiento para la función de pasado mañana — añadió el comisario.

— ¡Pues no iba a otra cosa, señor comisario! — exclamó Harry con ironía.

Después explicó al comisario el verdadero motivo que le había impulsado a entrar, en hora intempestiva, al Circo, y aunque aquello pareció al comisario bastante inverosímil, pensó que el simple hecho de que un hombre elegantemente vestido hubiese escalado el Circo Beely no constituía más que una pequeña falta, y le dejó marchar.



...el señor Jackson le llama a usted por teléfono

III

Sin embargo, el hecho de que Harry Peel hubiese sido hallado en el interior del Circo Beely constituía una grave falta, pues pocas horas después haría caer sobre él la sospecha de que hubiese sido el asesino de Roberto Jackson.

Pero no adelantemos los acontecimientos y ciñámonos al desarrollo de los sucesos.

A la mañana siguiente, Harry se personó en casa de Jackson y no encontró más que a Rosa, hija única de su amigo, la que estaba

completamente ciega de resultas de una enfermedad de la infancia.

Rosa estaba muy inquieta.

— Sé que su papá no ha vuelto todavía Rosa.

— No ; ¿sabe usted dónde está? Anoche salió de casa bastante temprano y me temo que le haya ocurrido algo malo.

Harry quiso tranquilizarla.

— No se apure — le dijo. — Tengo entendido que le ocupa un asunto muy importante.

— Ayer, antes de marchar, dejó escrita una carta para usted. ¿Quiere buscarla usted mismo? — suplicó Rosa presentándole un rimero de papeles.

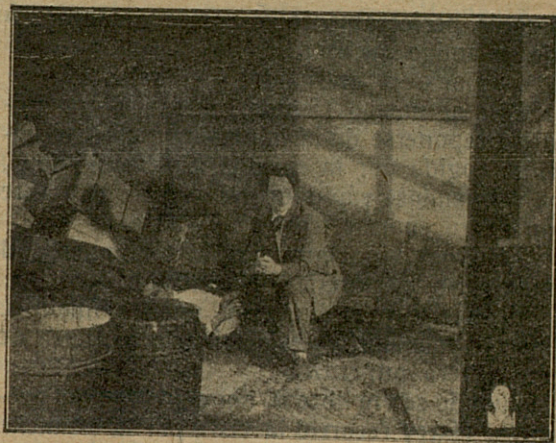
Harry encontró entre los papeles una carta dirigida a él, que decía lo siguiente :

« Mi querido Harry :

Acabo de recibir la carta de crédito de 500,000 dólares que me ha enviado mi hermano desde Luna. Esta noche voy a depositarla en la caja del Circo, y mañana tú y yo cobraremos dicha suma. ROBERTO. »

Al leer aquella carta, a Harry le asaltó el temor de que a Jackson le hubiese sido robado aquel documento, y con este temor volvió al Circo.

Entretanto, en los subterráneos del Circo aparecían dos nuevos personajes, uno de los cuales se cubría el rostro con una máscara.



¡Jackson asesinado!

! Cuando Harry Peel penetró en el Circo, Anita Moran, que seguía interesándose por los que entraban y salían de él, fué a dar aviso al personaje misterioso, penetrando por una de las puertas traseras.

— Pues avisa en seguida a la policía.

Anita se puso por teléfono en comunicación con el comisario Bull, y le dijo :

— Señor comisario : en el Circo Beely hay un hombre muerto.

Harry recorrió las dependencias subterráneas, y al penetrar en una de ellas se sintió sobrecogido de terror : en tierra aparecía un bulto informe. Se aproximó más y pudo dis-

tinguir perfectamente el rostro desencajado de su amigo Jackson.

— ¡Jackson asesinado! — exclamó.

Casi al mismo tiempo, antes de que pudiera reponerse de la impresión recibida, sintióse cogido por la espalda. Se desasíó de él, y volviéndose rápidamente se encontró ante un negro enorme, casi un gigante.

También vió Harry junto a la puerta el misterioso personaje del antifaz.

El negro y él lucharon unos momentos. Harry, más ágil, pudo derribarlo en tierra de un certero puñetazo.

Cuando se vió libre de aquel inesperado enemigo, Harry recorrió la vista por la estancia. Era de proporciones reducidas y reinaba en él bastante desorden. En un rincón había un aparato telefónico, adosado en la pared.

Entonces se dió cuenta de que en uno de los muros había escrita una inscripción, aproximándose a la cual pudo leer lo siguiente :

« Harry : Cuida de mi hija. El documento está escondido en esta habitación. »

Lo primero era sacar de allí el cadáver de su desventurado amigo y lo llevó a la pista del Circo, con objeto de depositarlo allí y dar cuenta en seguida a la policía.

Mas cuando Harry penetraba por una puerta, por la otra entraba el comisario Bull y unos cuantos agentes de policía, los cuales le rodearon en el acto.

Harry no se inmutó por eso. Depositó el

cadáver sobre la baranda, y resueltamente preguntó al comisario :

— Usted, claro, me toma por un asesino. ¿No es verdad?

— Algo hay de eso — respondió con tranquilidad el interpelado. — Cuando me han avisado de que aquí había un hombre muerto, en seguida he pensado en usted... Y veo que no me he equivocado.

— ¿Y si no fuese yo? — preguntó Harry.

— Tanto mejor para usted. Pero eso es una cuestión que ya se encargará de poner en claro el juez.

Harry pudo reflexionar sobre lo comprometida y apurada de su situación. Todas las pruebas le acusaban y dejarse atrapar por la policía era perder la ocasión de descubrir al verdadero autor del crimen.

Y decidido a jugarse el todo por el todo, aprovechó un descuido de la policía y se escapó.



IV

Por la noche Harry se dirigió al bufete del abogado Steen. Aunque la noticia había cundido por la ciudad, el consejero y casi administrador de Jackson no sabía nada.

— Se me acusa como autor del crimen — concluyó diciendo Harry, cuando le refirió todos los pormenores del suceso.

— ¡Quién puede suponer semejante cosa! — exclamó el abogado.

— El comisario Bull, la policía... Realmente las apariencias me condenan...

— Sé que Jackson anoche llevaba una carta de crédito por valor de quinientos mil dólares y se la habrán robado. Ese documento iba endosado al portador y no sé en qué Banco debía cobrarlo — explicó Steen.

— Ahora lo comprendo todo — dijo a su vez Harry. — En la habitación donde he encontrado el cadáver de nuestro desventurado amigo, éste dejó escrita una nota diciendo que el documento estaba escondido allí. De modo que si no se lo han quitado, aun debe estar oculto en algún sitio.

Después de una larga conversación acordaron que Harry volvería al día siguiente al



...así logró desatarse y librarse de una muerte segura

lugar del crimen y buscaría el valioso documento.

— La inauguración del Circo estaba anunciada para mañana — advirtió Steen. — ¿Qué debo hacer?

— No retrase nada. Inaugúrelo como si nada hubiese pasado y esto facilitará mi labor. Creo que en este asunto ha intervenido gente del Circo y mi obligación, después de devolver el dinero que le pertenece a la hija de Jackson, es descubrir a los criminales y entregarlos a la justicia para que el rigor de la ley caiga sobre ellos.

Hubo una corta pausa, después de la cual Harry añadió :

— Quiero destruir la absurda sospecha de Bull y al propio tiempo devolver a la hija de nuestro desventurado amigo su bienestar material.

También se acordó que Harry se encargaría de evitar que la noticia llegase a oídos de Rosa, mientras fuese posible, y al efecto Harry prometió llevarla al sanatorio de su amigo el oculista Waldow, donde Jackson ya había manifestado deseos de llevarla para que fuese operada de la vista.

En este momento, un criado anunció que el director del Circo, Allan Kean, se hallaba en la antesala.

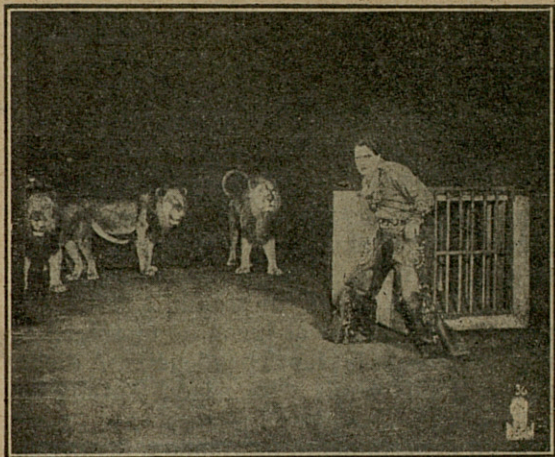
— ¿Quiere que le presente? — dijo el abogado.

— No ; no hace falta. Es preciso que allí en el Circo nadie sepa quién soy. Sólo pido que me recomiende a Kean como artista para poder trabajar de este modo sin ser sospechoso a nadie.

Desde allí mismo, Harry llamó por teléfono a casa de Jackson y preguntó por Rosa.

— La señorita Jackson no está en casa. Ha ido al Circo por ver si allí encontraba a su padre.

No quiso saber más. Colgó el auricular y se dirigió a toda prisa hacia el Circo. ¿Qué habría pasado allí? ¿Se habría enterado Rosa de la desgracia ocurrida a su padre?



...pero también pudo salir de aquel peligro...

Cuando iba a franquear la puerta se halló frente por frente con Bull, el comisario, el cual exclamó :

— ¡Ya sabía yo que los criminales tenían la tendencia de volver al lugar del crimen! Y le colocó las esposas.



Rosa había llegado al Circo media hora antes, acompañada por el fiel ayuda de cámara de su padre.

La joven, a quien un sombrío presentimiento había traído al lugar de la tragedia, quiso recorrer todas las dependencias. A dicha hora no había nadie y el criado trataba de disuadirla.

En un departamento destinado a las fieras, había un tigre con el que hubo de verse Harry cara a cara el día anterior, y el criado abrió la puerta. Largo rato estuvieron forcejando él y Rosa, pues la bestia, enardecida por la soledad, empujaba desde adentro.

Por fin, la joven tuvo miedo y apoyándose con los muros buscó una salida. Sin querer hizo funcionar el interruptor que accionaba la plataforma del escenario, una pesada mole que se deslizaba hacia el fondo del foso, y penetró en él, ignorante de que iba a ser irremisiblemente aplastada por aquel peso enorme.

Cuando Harry, que no obstante verse esposado arrastró al comisario hasta la pista, vió que la plataforma descendía, tuvo conciencia del peligro que pudiera correr su joven



pero Harry le vió el golpe y...

amiga, y desasiéndose de las esposas, dió un empujón a Bull, quien cayó sobre la plataforma, quedando allí prisionero.

Una vez en el foso, Harry aseguró bien la puerta donde aun forcejaba el tigre por salir y llegó a tiempo para evitar que Rosa fuese aplastada por la plataforma.

Salieron Harry, Rosa y el criado. La joven, que estaba desmayada por resultas de las impresiones recibidas, fué depositada en un auto. Subieron ellos, y por el camino Harry explicó brevemente al ayuda de cámara lo ocurrido a su amo.

— Ahora que Rosa ignore su tremenda desgracia. Como en su casa sería imposible evitarlo, ahora la llevaremos a la clínica de Waldow.

Este Waldow era un eminente oculista, amigo de Harry, y una vez llegados a su establecimiento, el joven fué conducido a su despacho.

— Vengo a pedirle que devuelva la vista a unos ojos muy bellos — y abriendo un poco la puerta que daba a la estancia contigua, le mostró a Rosa que acababa de salir del desmayo.

El doctor se interesó vivamente por ella y poco después la examinaba detenidamente.

Harry aprovechó aquellos momentos para hablar con la joven, diciéndole que su padre había tenido que emprender viaje inopinadamente, dejándole el encargo de que permaneciera allí.

— Entonces, ¿a papá no le ocurre nada malo? — preguntó la joven, ya más tranquila.

— Nada absolutamente. Ahora estamos en la clínica de mi amigo Waldow y se queda usted especialmente recomendada.

— ¿Y me devolverá la vista, doctor? — preguntó la joven.

— Casi afirmaría que sí.

— Papá y yo se lo deberemos eternamente.



VI

Durante todo el día siguiente, muy pocos datos pudo adquirir Harry sobre el misterio que envolvía el asesinato de su amigo Jackson.

Toda la prensa se ocupaba del asunto extensamente, y aunque no se le nombraba, pues la policía guardaba gran reserva sobre las pesquisas que hacía, se daba a entender en las informaciones que se sospechaba de él.

Bull, por su parte, trabajaba con singular denuedo, tratando de detener al que daba como seguro autor del hecho.

El público seguía con creciente interés los acontecimientos y la novedad de la inauguración; el Circo Beely estaba de bote en bote.

Conforme a sus deseos, Harry había logrado ser admitido como tirador de rifle y pistola.

Aquella noche, un día antes de empezar las funciones, el audaz tirador y su amigo el abogado Steen se hallaban cambiando impresiones en un pasillo del Circo, después del ensayo.

— No hay nada seguro — decía Harry, — pero por los subterráneos divagan dos individuos misteriosos, un enmascarado y un

negro que me asaltó anteayer, y en cuanto atrape a uno de ellos ya habré descubierto al autor del crimen.

— También hay por en medio una mujer, la que me llamó por teléfono, con objeto de hacerme pasar por el asesino con un buen deseo que casi se ha visto logrado. Esa, creo que ya sé quién es.

— ¿Quién?... — preguntó Steen.

— Una bailarina de aquí : Anita Moran. No sé por qué sospecho de ella. Y para enterarme bien, esta noche le haré la corte.

En aquel momento pasó por allí el comisario Bull y ambos amigos se separaron. El comisario quiso seguir al tirador, pero éste, como buen profesional, empezó a disparar tiros al aire burlándose del policía y optó por desaparecer.

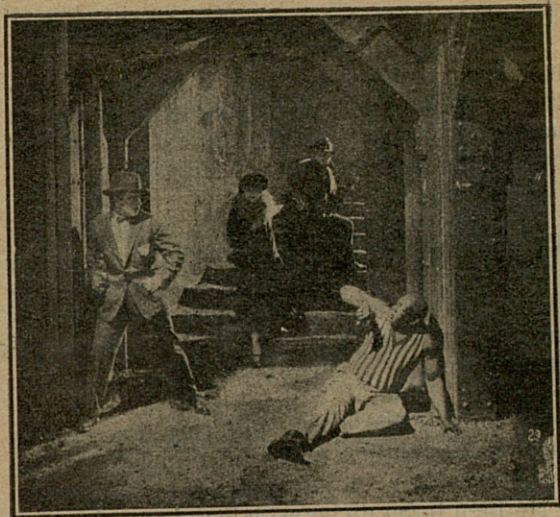
Entonces Harry se cruzó con Anita Moran y se dirigió a su camerino, entrando tras ella.

— Permítame presentarme. Soy Ernest, tirador de rifle y revólver.

Al poco rato ya eran dos buenos amigos. Cada cual por su parte procuraban atraerse.

A la tarde siguiente, en los oscuros subterráneos del Circo, Harry proseguía sus pesquisas. Hallábase buscando el oculto documento, cuando percibió un ruido y se dio cuenta de que era espiado. Entonces imaginó una treta ingeniosa, fingiendo que extraía un papel de entre unos maderos.

— ¡Por fin! — exclamó con fingida alegría.



Cuando el negro cayó sin sentido, el enmas arado...

No bien hubo pronunciado estas palabras, penetró en la estancia el individuo del disfraz.

— Contaba con su visita, señor asesino — exclamó Harry. — Lo único que me disgusta es que se ponga un disfraz tan ridículo. La gente ya no cree en fantasmas. Además, me gustará verle la cara.

— Basta de bromas — exclamó el desconocido dando un paso, — y vamos al grano. Usted está más comprometido que yo. Aun suponiendo que yo fuese el asesino...

— Que lo es... — interrumpió Harry.

— Suponiendo que sea yo, todas las pruebas están en contra suya y podría demostrarse fácilmente su culpabilidad. Pero yo no quiero tanto. Simplemente le propongo un arreglo, una fórmula conciliadora.

— ¿Cuál?

— Que nos repartamos la mitad de los 500,000 dólares que importa este documento...

— ¡Vamos, ya comprendo! — interrumpió Harry. — Usted quiere eludir la acción de la justicia convirtiéndome en su cómplice, ¿no es eso?

— En efecto.

— Pues yo no estoy conforme. Para mí lo de menos es el dinero. Lo único que yo quiero es entregarle a la justicia.

No bien hubo dicho estas palabras, el negro que siempre acompañaba al del antifaz, obedeciendo a una seña de éste, se abalanzó sobre Harry, apoderándose del documento.

Harry quiso luchar, pero recibió un golpe en la cabeza y cayó al suelo sin sentido.

El hombre misterioso desdobló el papel arrebatado a Harry y no pudo reprimir una exclamación de rabia :

— ¡Se ha reído de mí, pero esta burla no quedará sin castigo! Ahora... ya sabes.

El negro hizo un gesto de asentimiento, como indicando que ya sabía lo que le tocaba hacer.

VII

La inauguración del Circo Beely constituía un gran acontecimiento. Todas las localidades estaban ocupadas. En la atmósfera se respiraba el ambiente de emoción que inspiran los lugares en que se sabe han ocurrido sucesos trágicos.

El comisario Bull, que ocupaba uno de los palcos principales, no había ido, ciertamente, para divertirse.

Mientras el gran salón de espectáculos se iba llenando de público, en los fosos de la pista se estaba urdiendo una tragedia parecida a la que se había desarrollado tres días antes.

En efecto : obedeciendo a la indicación del hombre misterioso, el negro había maniatado a su enemigo bajo la plataforma del escenario.

Al volver en sí de su desmayo, Harry se dió perfecta cuenta del peligro que corría, pues cuando descendiese la plataforma sería aplastado por su gran peso.

Mientras el prisionero se debatía para desasirse de las ligaduras, el público seguía con avidez los arriesgados ejercicios de los artistas.

De pronto se hizo un número que requería hacer funcionar la plataforma, y ésta empezó a descender.

Harry hizo esfuerzos sobrehumanos, y así logró desatarse y librarse de una muerte segura.

Cuando salió del foso iba todavía medio aturdido y cayó en otro foso en el que había varios leones, pero también pudo salir de aquel peligro gracias a su valor y sangre fría.

Lo que Harry deseaba era tener una ocasión para hablar con Bull, sin correr el peligro de que éste le detuviera.

Iba por los corredores del subterráneo haciendo estos pensamientos, cuando al pasar por delante de la jaula de un tigre amaestrado, que días antes había reducido como un consumado domador, tuvo una idea luminosa.

Enterado de que Bull se hallaba en el ambigú, se fué hacia allá en compañía del tigre.

El pánico que se originó cuando Harry penetró en el ambigú fué enorme. En un segundo quedó el local completamente desierto, excepto Bull, quien se creyó en el caso de permanecer allí desafiando al peligro, pero cuidando bien de permanecer lo más lejos posible de la fiera.

— ¿No le parece que si yo fuese culpable ya estaría lejos de aquí? — empezó diciendo Harry.

— A veces eso es una táctica — replicó el comisario. — Pero para decirme esto no

hacia falta venir con este testigo. Un hombre inocente viene a la Comisaría y allí expone sus razones.

— Pero como medida preventiva se le detiene a uno... Pues yo no he venido más que a decirle que si se diese una vueltecita por los subterráneos vería cosas muy curiosas. Allí conocería a un individuo enmascarado que le daría toda clase de detalles acerca del asesinato de Jackson. Un negro corpulento y bastante bruto que le acompaña, también sabe algo.

Después de esto, Harry se marchó. En el corredor encontró a Anita Moran, la cual estaba ya aguardándole y le invitó a ir a su cuarto.

Harry se enteró de que Bull, llevado por su celo, había confundido a un prestidigitador por él, y se rió de buena gana.

Anita estaba excesivamente amable y quiso obsequiarle con cigarrillos. Harry aceptó de buena fe, pero en seguida notó que aquel tabaco contenía algún narcótico, y decidido a poner fin a todo lo que ocurría, acusó a Anita de ser cómplice del asesino de Jackson.

Al principio la joven negaba, pero con amenazas y con promesas consiguió Harry convencer a la joven de que debía ponerse de su parte, única manera, le dijo, de librarse del castigo.

— Le odio, pero me causa miedo... — dijo al fin la joven.

— No debe abrigar ningún temor. Sólo me basta con que me acompañe allí donde se oculta.

La joven prometió guiarle por los complicados laberintos de los subterráneos, y cumplió su palabra; poco después Harry sorprendía al enmascarado en su propia guarida.

El asesino de Jackson se consideró perdido. No estaba a su lado su inseparable cómplice, el negro, y huyó perseguido de cerca por Harry.

En su huida, el hombre misterioso fué a parar a la misma habitación donde había aparecido el cadáver de Jackson. Allí se le incorporó el negro, el cual se abalanzó sobre Harry.

La lucha fué breve. Al principio Harry llevaba las de perder. La superioridad física del negro era manifiesta, y cogió un pesado mazo dando con él en la cabeza de Harry, pero éste desvió el golpe y el mazo hizo pedazos la caja del teléfono.

¡Allí apareció oculta la carta de crédito que con tanto interés habían estado buscando todos!

Harry se apoderó del documento. Entonces recobró nuevas fuerzas, y de un certero golpe dejó sin conocimiento al negro.

Durante la anterior lucha, el enmascarado había cogido por el cuello a Anita Moran y amenazaba ahogarla, mientras le decía con insistencia :



¡Caerá entre los leones! — gritaba el público

— ¿Por qué me has delatado, di? ¿Por qué me has delatado?

— ¡Te juro que no le he dicho nada! — decía la joven, angustiada.

Cuando el negro cayó sin sentido, el enmascarado huyó de nuevo.

Perseguido y perseguidor empezaron a subir escaleras, atravesaron innumerables corredores y el público empezó a darse cuenta de lo que ocurría.

En la pista se estaba montando la jaula para el número sensacional de la noche : unos leones amaestrados.

El individuo de la máscara conocía al de-

dillo el Circo Beely y empezó a subir escaleras arriba con objeto de escapar por los tejados, siempre perseguido por Harry, pero éste le acorraló y el fugitivo tuvo que replegarse hacia la cúpula.

Entonces el público presencia, de pie, un emocionante espectáculo. Llegó un momento en que el hombre de la máscara no tenía más recurso que deslizarse por una cuerda que caía precisamente sobre la jaula de los leones que ya estaban trabajando, y empezó a descender.

— ¡Caerá entre los leones! — gritaba el público.

Harry también se dejó deslizar por la peligrosa cuerda y así pudo coger al misterioso personaje y quitarle la máscara.

¡Era Allan Kean, el director del Circo!

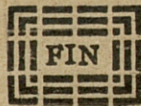
— ¡No le suelte! ¡Le quiero coger vivo! — gritó el comisario Bull desde abajo.

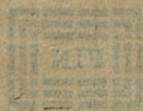
Retiró el domador los leones a toda prisa, y momentos después el comisario colocaba las esposas al asesino de Roberto Jackson, convicto y confeso de su crimen.

— Señor Peel... Perdóneme que le confundiese — suplicó humildemente el comisario.

* * *

Días después Rosa recobró la vista y en medio de la desgracia que la afligió tanto, tuvo el consuelo de amar y ser amada por el doctor Waldow, quien se enamoró de ella durante su cura, que fué satisfactoria.





BIBLIOTECA ENCANTO

TOMOS PUBLICADOS

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA
por Clovis Eimeric
- 2 AMOR QUE NO MUERE
Traducción por Ricardo Prieto
- 3 ¿ DÓNDE HALLAR UN NOVIO ?
por Clovis Eimeric
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR
por Antonio Guardiola
- 5 EL HEROICO DON JUAN
por Clovis Eimeric
- 6 CORAZÓN DORMIDO
por Ricardo Prieto
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...
por Clovis Eimeric
- 8 AGUA MANSA
por Ricardo Prieto
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO
por Clovis Eimeric
- 10 CORAZONES UNIDOS
por Pedro Nim

PRECIO: 60 CENTIMO